

no solamente sin saber lo que ha dicho, sino hasta sin pensar ante quién se hallaba, ni lo que iba a hacer o a pedir. Miradlos en la casa de Dios; ¿no os inspira compasión su actitud? ¿Hácese cargo de que están en la santa presencia de Dios? Indudablemente que no: miran a los que entran o salen, hablan con los del lado, bostezan, duermen, se fastidian, y hasta tal vez se enojan porque las funciones, a su parecer, son demasiado largas. Toman el agua bendita con la misma devoción que sacan la de un cubo para beber. Con duros trabajos hincan las rodillas, pareciéndoles ya demasiado inclinar un poco la cabeza durante la Consagración o la Bendición. Los veréis paseando su mirada por el templo, fijándola tal vez en aquello que puede inducirlos al mal; aun no han entrado y ya quisieran estar fuera. Al salir, los oiréis exclamarse cual si fuesen personas sacadas de una cárcel y puestas en libertad. Pues bien, H. M., tal es la miseria del pecador, y por cierto que es muy grande. Y al considerar esto, ¿deberá admirarnos que los pecadores continúen en sus pecados y perseveren en tan miserable estado?

Hemos dicho, en tercer lugar, que los provechos de la oración van anejos a la manera como cumplamos tal deber, según ahora vamos a considerar. 1.º Para que la oración sea agradable a Dios y provechosa al que la hace, es necesario hallarse en estado de gracia o a lo menos tener una firme resolución de salir cuanto antes del pecado, puesto que la oración de un pecador que no quiere salir del pecado, es un insulto que se hace a Dios. 2.º Para que nuestra oración esté bien hecha, es necesario habernos preparado antes. Toda oración hecha sin prepararse, es una oración defectuosa, y esta preparación consiste en pensar un rato en Dios antes de arrodillarnos en su presencia, considerando a quién vamos a hablar y lo que le hemos de pedir. ¡Ay! ¡cuán escasos son los que se preparan y, por lo

mismo, cuán pocos oran de una manera debida, es decir, en forma adecuada para ser escuchados favorablemente ! Por otra parte, H. M., ¡ qué os ha de conceder el Señor si no le pedís nada, ni deseáis nada ! Más claro : sois como un pobre que no quiere limosna, como un enfermo que no quiere sanar, como un ciego que quiere permanecer en su ceguera ; en fin, como un condenado que no quiere ir al cielo, sino que consiente en bajar al infierno.

En segundo lugar, hemos dicho que la oración es la elevación de nuestro corazón a Dios, una dulce conversación entre la criatura y su Criador. No será pues, H. M., orar debidamente el pensar en cosas ajenas, mientras estamos en oración. Apenas nos demos cuenta de que nuestro espíritu se distrae, es necesario ponerse de nuevo ante la presencia de Dios, humillarnos ante la divina Majestad, y no dejar nunca la oración porque no experimentemos gusto al orar. Por el contrario, hemos de pensar que, cuanto más pesadez sentimos, más meritoria será nuestra oración a los ojos de Dios, si perseveramos en ella siempre con la intención de agradarle. Refiérese en la historia que, en cierta ocasión, un santo decía a otro santo : « ¿ A qué será debido que, mientras oramos, nuestro espíritu se llene de mil pensamientos ajenos, los cuales quizá no nos acudirían, si no estuviésemos ocupados en la oración ? » El otro le contestó : « Ello no es extraño, amigo mío : ante todo, el demonio prevé las abundantes gracias que por la oración podemos alcanzar, y, por consiguiente, desespera de ganar a una persona que ore debidamente ; además, cuanto mayor es el fervor con que oramos, más excitamos su furor ». Otro santo, a quien se le apareció el demonio, le preguntó por qué se ocupaba continuamente en tentar a los cristianos. Y el demonio le respondió que se le hacía insoportable que un cristiano, que tantas veces ha pecado, pudiese

obtener aún el perdón, y que en tanto hubiese un cristiano en la tierra, él lo tentaría. Después le preguntó de qué manera los tentaba. Contestóle el demonio: «A unos les meto el dedo en la boca para hacerlos hostear; a otros hago que duerman; a otros hago vagar su pensamiento de un lugar a otro». ¡Ay! H. M., demasiado verdad es esto; podemos experimentarlo cuantas veces nos ponemos en la presencia de Dios para orar.

Refiérese que, habiendo observado el superior de un monasterio que uno de sus religiosos, antes de comenzar sus oraciones, se movía en ademán de hablar con alguien, le preguntó en qué se ocupaba en aquellos momentos. «Padre mío, le dijo, es que antes de comenzar mis oraciones, tengo la costumbre de llamar a mis pensamientos y deseos diciéndoles: Venid todos y adoraremos a Jesucristo nuestro Dios». «¡Ah! H. M., ¡cuán agradable era contemplar la oración de los primeros cristianos!, nos dice Casiano. Era tan grande el respeto que tenían a la presencia de Dios, era tanto su silencio y recogimiento, que parecían muertos; veáselos en la iglesia temblorosos; no había allí ni sillas ni bancos; permanecían todos prosternados cual criminales que esperasen la sentencia. Pero también, H. M., ¡cuán rápidamente se poblaba el cielo, y cuán delicioso era vivir en la tierra! ¡Ah! ¡felices los que vivieron en aquellos tiempos dichosos!»

3.º Hemos dicho que nuestras oraciones han de ser hechas con confianza, y con una esperanza firme de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos, mientras se lo supliquemos debidamente. Todas las veces que Jesucristo nos promete no negar nada a la plegaria, añade esta condición: «Si lo pedís con fe». Cuando alguien le imploraba su curación u otra cosa, nunca se olvidaba de decirle: «Hágase según tu fe». Por otra parte, H. M., ¿qué nos podrá hacer dudar,

cuando nuestra confianza está apoyada en la omnipotencia de Dios que es infinita, en su misericordia sin límites, y en los méritos infinitos de Jesucristo, en nombre del cual oramos? Al orar en nombre de Jesucristo, no somos nosotros quienes oramos, es el mismo Jesucristo quien ora por nosotros a su Padre. El Evangelio nos ofrece un hermoso ejemplo de la fe que debemos tener al orar, en la persona de aquella mujer que sufría flujo de sangre. Decíase ella a sí misma : «Si puedo llegar a tocar aunque sea sólo el borde de su manto, tengo la seguridad de que sanaré». Ya veis cómo ella creía firmemente que Jesucristo podía curarla y con qué confianza esperaba una curación que descaba ardientemente. En efecto, al pasar el Salvador junto a ella, arrojóse a sus pies, tocó su manto, y al momento quedó sana. Viendo Jesucristo su fe, la miró bondadosamente, y le dijo : «Anda, tu fe te ha salvado». Sí, H. M., a esta fe, a esta confianza está todo prometido.

4.º Decimos que, al orar, es preciso tener una intención pura tocante a lo que pedimos, y solamente implorar lo que mire a la gloria de Dios y a nuestra salvación. Podéis pedir cosas temporales, nos dice San Agustín ; mas siempre con la intención de que os serviréis de ellas para gloria de Dios, para salvación de vuestra alma y la de vuestro prójimo ; de lo contrario, vuestras peticiones procederían del orgullo o de la ambición ; y entonces, si Dios rehusa concederos lo que le pedís, es porque no quiere perderos. Mas ¿qué acontece en nuestras oraciones?, nos dice además San Agustín. ¡ Ay ! pedimos una cosa y deseamos otra. Al rezar el Padre nuestro, decimos : «Padre nuestro que estás en los cielos ; es decir : Dios mío, desligadnos de este mundo ; concedednos la gracia de saber despreciar todas aquellas cosas que sólo sirven para la vida presente ; hacednos la gracia de que todos nuestros pensamientos y deseos sean sólo para el cielo !» ¡ Ay ! si Dios nos con-

cediera esta gracia, muchos de nosotros íbamos a quedar disgustados (1).

Hemos de orar con frecuencia, H. M., pero debemos redoblar nuestras oraciones en las horas de prueba, en los momentos en que sentimos el ataque de la tentación. Ved un ejemplo. Leemos en la historia que, en tiempo del emperador Licinio, dióse una orden según la cual todos los soldados debían ofrecer sacrificios al demonio. Entre ellos hubo cuarenta que se negaron a cumplirla, diciendo que los sacrificios sólo a Dios eran debidos y de ninguna manera al demonio. Se les hizo toda clase de promesas. Al ver que nada era capaz de rendirlos, después de someterlos a una serie de tormentos, fueron condenados a ser arrojados desnudos en un lago de agua helada, durante la noche, en los rigores del invierno, para que muriesen de frío. Los santos mártires, al verse así condenados, dijéronse unos a otros: «Amigos, ¿qué nos queda al presente sino ponernos en las manos de Dios omnipotente, el único de quien podemos obtener la fortaleza y la victoria? Recorramos a la oración y oremos continuamente para atraer sobre nosotros las gracias del cielo; pidamos a Dios que nos conceda a los cuarenta la dicha de perseverar». Mas, para tentarlos, colocóse muy cercano a aquel sitio un baño caliente. Por desgracia, uno entre ellos desfalleció, abandonó el combate, y fué a meterse en el baño caliente; pero al entrar en él perdió la vida. El que los custodiaba, viendo bajar del cielo treinta y nueve coronas y otra que quedaba suspendida en las alturas, «¡Ah!, exclamó, ¡es la de aquel infeliz que ha abandonado a sus compañeros!...», y arrojóse al estanque helado, para ocupar el lugar del que aquél había desertado, y así recibió el bautismo de sangre. Como al día siguiente estuviesen aún con vida, ordenó el gobernador

(1) Citar el resto del Padre nuestro... Ejemplo del Pastor. (Nota del Santo).

que fuesen echados al fuego. Habiendo sido puestos en un carro todos, excepto el más joven a quien confiaban conquistar aún, su madre, que era testigo de la escena, exclamó: «¡ Ah ! hijo mío, ¡ ten valor ! un momento de sufrir te valdrá toda una eternidad de dicha». Y cogiendo ella misma a su hijo, lo llevó al carro con los demás, y llena de alegría, le condujo, como en triunfo, a la gloria del martirio. Tan persuadidos estaban de que la oración es el medio más poderoso para atraer sobre nosotros los auxilios del cielo, que durante todo su martirio no cesaron de orar. Vemos que San Agustín, después de su conversión, se retiró durante largo tiempo a un pequeño desierto, para pedir a Dios la gracia de perseverar en sus buenos propósitos. Y siendo obispo, pasaba buena parte de sus noches en oración. San Vicente Ferrer, que tantas almas llevó al buen camino, decía que nada es tan poderoso como la oración para convertir a los pecadores, y que la oración es semejante a un dardo que atraviesa el corazón del pecador.

Sí, H. M., bien podemos decir que la oración lo hace todo : ella es la que nos da a conocer nuestros deberes, ella la que nos pone de manifiesto el estado miserable de nuestra alma después del pecado, ella la que nos procura las disposiciones necesarias para recibir los sacramentos ; ella la que nos hace comprender cuán poca cosa sean la vida y los bienes de este mundo, lo cual nos lleva a no aficionarnos demasiado a lo terreno ; ella, por fin, es la que imprime vivamente en el espíritu el saludable temor de la muerte, del juicio, del infierno y de la pérdida del cielo. ¡ Ah ! H. M., si tuviésemos el acierto de orar siempre bien, pronto seríamos unos santos penitentes. Vemos que San Hugo, obispo de Grenoble, nunca se cansaba de rezar el Padre nuestro. Se le dijo que aquello podía contribuir a aumentar su dolencia : «¡ Ah ! no, respondió ; al contrario, esto causa alivio».

Hemos dicho, H. M., que la tercera condición que debe reunir la oración para ser agradable a Dios, es la perseverancia. Vemos muchas veces que el Señor no nos concede en seguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos. Ved a San Agustín implorando por espacio de cinco años la gracia de su conversión. Ved a Santa María Egipciaca ocupándose durante diez y nueve años en pedir a Dios que la librase de recaer en las torpezas pasadas. ¿Qué hicieron, pues, los santos? Perseveraron constantemente en sus peticiones y, por su constancia, obtuvieron siempre lo que pedían a Dios. Y nosotros, aunque llenos de pecados, si Dios no nos otorga al momento lo que le pedimos, pensamos que no quiere concedérselo, y dejamos en seguida la oración. No, H. M., no es ésta la conducta que observaron los santos respecto al particular: ellos se consideraron siempre indignos de ser escuchados favorablemente por Dios, creyendo que, si El accedía a sus ruegos, era a impulsos de su misericordia, mas no en vista de sus méritos. Digo, pues, que al orar, aunque Dios parezca no escuchar nuestras oraciones, nunca hemos de abandonarlas, sino continuar con gran constancia. Si Dios no nos concede lo que pedimos, será para otorgarnos otra gracia más provechosa para nosotros que la que pedimos. Un ejemplo de la manera como debemos insistir en nuestras oraciones, nos lo ofrece aquella mujer cananea que se acercó a Jesucristo para implorarle la curación de su hija. Ved su humildad, su perseverancia, etc... Citaré también otro ejemplo admirable de lo que puede la oración. Leemos en la historia de los Padres del desierto que, habiendo los católicos de una ciudad vecina ido a encontrar a un santo cuya fama estaba muy extendida por aquellos países, a

fin de pedirle que los acompañase para ver de confundir a cierto hereje cuyos discursos seducían a mucha gente, aquel santo se puso a discutir con el desgraciado, sin poderle convencer de que no llevaba razón y de que era un desgraciado que parecía sólo haber nacido para perder las almas; viendo que, con sus sofismas y rodeos, continuaba en la pretensión de hacer creer a los demás que la razón estaba de su parte, el santo le dijo: «Desgraciado, el reino de Dios no consiste en palabras, sino en obras; vamos los dos al cementerio, junto con toda esta gente, que servirán de testigos; invocaremos ambos a Dios ante el primer muerto que hallemos, y nuestras obras darán razón de nuestra fe». El hereje quedó corrido ante aquella proposición, sin atreverse a acudir al reto; mas propuso al santo aguardar al día siguiente, a lo cual éste accedió. El día señalado, el pueblo, afanoso de ver en qué pararía aquello, se dirigió en masa al cementerio. Esperaron todos allí hasta las tres de la tarde; mas en aquella hora el santo tuvo noticia de que su adversario había huído por la noche y tomado el camino de Egipto. Entonces San Macario, que así se llamaba el santo, llevóse al cementerio a todo aquel gentío que estaba esperando el resultado de la controversia, procurando sobre todo que estuviesen presentes aquellos a quienes el desgraciado hereje había seducido. Paróse ante una tumba, y en presencia de todos los que le rodeaban, se arrodilló, oró unos momentos, y, dirigiéndose al cadáver que de años estaba enterrado en aquel lugar, habló así: «¡Oh hombre! escúchame: si aquel hereje hubiese venido aquí conmigo, y delante de él hubiese yo invocado el nombre de Jesucristo mi Salvador, ¿no te habrías levantado para dar testimonio de la verdad de mi fe?» A estas palabras, el muerto se levantó y, en presencia de todos, dijo que lo hubiera hecho al momento tal como lo hacía entonces. San Macario le dijo: «¿Quién eres?

¿en qué edad del mundo viviste? ¿tuviste conocimiento de Jesucristo?» El muerto resucitado respondió que había vivido en tiempo de los más antiguos reyes; pero que nunca había oído pronunciar el nombre de Jesucristo. Entonces, viendo San Macario que todo el mundo estaba ya plenamente convencido de que aquel desgraciado hereje era un falsario, dijo al muerto: «Duerme en paz hasta la resurrección general». Y todo el mundo se retiró alabando a Dios, que de una manera tan elocuente había hecho conocer la verdad de nuestra santa religión. San Macario retornó a su desierto para continuar las penitencias a que se entregaba (1).

¿Veis, H. M., la eficacia de la oración cuando ella se hace con las debidas condiciones? ¿No convendréis conmigo en que, si no alcanzamos lo que pedimos a Dios, es porque no oramos con fe, con el corazón bastante puro, con una confianza bastante grande, o porque no perseveramos en la oración cual debiéramos? No, H. M., jamás Dios ha denegado ni denegará nada a los que le piden sus gracias debidamente. Sí, H. M., la oración es el gran recurso que nos queda para salir del pecado, perseverar en la gracia, mover el corazón de Dios y atraer sobre nosotros toda suerte de bendiciones del cielo, ya para el alma, ya por lo que hace a nuestras necesidades temporales.

De aquí concluyo que, si continuamos en pecado, si no nos convertimos, si nos inquietamos tanto por las penas que Dios nos envía, es porque no oramos u oramos defectuosamente. Sin la oración no podemos frecuentar dignamente los sacramentos; sin la oración no conoceremos nunca el estado a que Dios nos llama; sin la oración no podremos librarnos del infierno; sin la oración jamás participaremos de las delicias que podemos disfrutar amando a Dios; sin la oración todas las

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. II. San Macario de Egipto.

cruces que nos sobrevengan quedan sin mérito. ¡ Oh ! ¡ de qué goces disfrutaríamos si supiésemos orar debidamente ! No oremos, pues, nunca, sin considerar primero atentamente a quién hablamos y lo qué queremos pedir a Dios. Oremos sobre todo, H. M., con humildad y confianza, y con ello tendremos la dicha de alcanzar cuanto deseamos, siempre que nuestras peticiones se conformen con el espíritu de Dios. Esto es lo que os deseo...

SOBRE LAS ROGATIVAS

LAS PROCESIONES, LA ABSTINENCIA

Y LAS CUATRO TÉMPORAS

*Surrexit David et abiit, et univ-
ersus populus... ut adducerent ar-
cam Dei.*

David, acompañado de todo su pueblo, se marchó para conducir el arca del Señor.

(II Libro de los Reyes, VI, 2.)

¿Podemos hallar, H. M., una ceremonia más conmovedora que la de ver al santo rey acompañado de todos los sacerdotes y levitas, y éstos a la vez seguidos de todo el pueblo, trasladando el arca santa del tabernáculo de Silo (1) al lugar que en Jerusalén se le había preparado? Los sacerdotes y levitas ejercían junto al arca las funciones de su ministerio, y cada tribu marchaba bajo su estandarte. Hemos de ver en esto, es decir, en aquella marcha triunfante del pueblo judío conduciendo el arca, una figura exacta de los piadosos concursos de fieles cristianos dirigiéndose en procesión de una parte a otra, bajo la presidencia de su pastor, precedidos todos por la cruz y los estandartes. Así reunidos, forman como un pequeño cuerpo de ejército temible al demonio y poderoso delante de Dios, congregado para agradecerle sus dones, o para implorarle sus gracias. Es,

(1) El arca en un principio estuvo en Silo (I Reg., I-IV); mas cuando David concibió el propósito de llevarla a Jerusalén, el arca ya no estaba en Silo, sino en Cariathiarim (I Paralip., XIII, 5).

pues, muy necesario daros a conocer por qué se han establecido tales procesiones y la manera cómo debemos asistir a ellas. Diremos también cuatro palabras acerca de la abstinencia, instituída casi por los mismos motivos: es decir, para pedir a Dios la conservación de las cosechas, así como para suplicarle que nos provea de los medios de satisfacer a la divina justicia por nuestros pecados, y, al mismo tiempo, que nos preserve de caer en otros nuevos. Procurad prestar atención a estas explicaciones, ya que por ellas vais a aprender la manera de aprovechar esos bienes que la Iglesia nos ofrece.

I. — Ante todo os diré, H. M., que la primera y más antigua ley impuesta por Dios al hombre, es la de la abstinencia. Ya cuando Dios creó a Adán y le colocó en el paraíso terrenal, confiriéndole poder sobre todas las criaturas, le impuso la prohibición de tocar el fruto de cierto árbol. Si Adán hubiese sido fiel a dicha ley, ahora no tendríamos necesidad de que la Iglesia nos prescribiera nuevas abstinencias. Mas, a causa de aquel pecado, la carne se insubordina contra el espíritu, y es necesario dominarla por el ayuno y la abstinencia. Esta es la razón por que la Iglesia ordena a sus hijos observar, además de los ayunos de Cuaresma, los correspondientes a las vigiliass y a las Cuatro Témporas, así como la abstinencia del viernes y del sábado (1). ¿Queréis saber, H. M., el fin general que la Iglesia se propone al ordenar que en ciertos días se ayune o se guarde la abstinencia? Este fin no es otro que el de mantener en sus hijos el espíritu de penitencia, que Jesucristo no cesó de recomendar durante su vida en este mundo, y que viene a ser como el compendio de la moral divina. Sí, H. M., será mortificando nuestro cuerpo

(1) Téngase en cuenta la disciplina vigente, y los privilegios de la Bula en lo que se refiere a ayunos y abstinencias. (Nota del Trad.).

como debilitaremos nuestras pasiones, al par que podremos expiar nuestros pecados pasados y hallar el remedio para preservarnos de caer en lo futuro. Teniendo, H. M., tantas culpas que expiar, nos conviene aprovecharnos de tan eficaces medios para satisfacer a la divina justicia. Sí, H. M., todos tenemos pasiones que domar, y es precisamente privándonos de todo cuanto pueda lisonjear el gusto como nos será posible dominarlas. La Iglesia, que conoce la necesidad que de tales privaciones tenemos, así como la repugnancia que por ellas sentimos, viene en nuestro auxilio, instituyendo un precepto, a fin de determinar con mayor eficacia nuestra voluntad a someterse a tales prácticas de penitencia (1).

Pero, además de esta ley general, hay también otras razones particulares: así nos ordena ayunar en las vigiliass de las grandes festividades, para que, por la penitencia, nos dispongamos a celebrarlas con mayor piedad y de esta manera saquemos un fruto espiritual más abundante. Así como la Iglesia consagró el domingo a recordar la resurrección del Salvador, así también dedicó el viernes a la memoria de su sagrada pasión y muerte. ¿No será, pues, justo que consagremos ese día a la penitencia y a la mortificación, ya que nuestros pecados son los que clavaron a Jesucristo en la cruz? ¿No es justo que tomemos parte en sus sufrimientos, si queremos participar igualmente de la gracia de la Redención? Por esta razón, H. M., en los primeros siglos de la Iglesia, todos los viernes eran días de ayuno. Ayunábase también en sábado, para honrar la sepultura de Jesús y, al mismo tiempo, para disponerse a santificar el domingo. Siendo tales días, H. M., días de gracia y de bendición, debemos prepararnos por la mortificación, si queremos recibir con

(1) Rodríguez, t. IV, pág. 519. (Nota del autor).

abundancia los bienes que en ellos quiere Dios otorgarnos. Hoy día, como podéis ver, H. M., el ayuno del viernes y del sábado se reduce solamente a la abstinencia de carne, de lo cual ha hecho un precepto la Iglesia santa. «Ni el viernes ni el sábado, comerás carne» (1). Sí, H. M., debemos todos someternos a esta ley, hasta los niños, en cuanto llegan a la edad de poder cumplirla; sólo quedan exentos de ella los que de ninguna manera la puedan observar (2).

Mas ¡ay! ¿en qué siglo miserable nos hallamos? Casi es imposible distinguir a los cristianos o hijos de la Iglesia: la mayor parte parecen tener especial gusto en violar la ley de la abstinencia. ¡Ay! ya no se tiene escrúpulo alguno en comer carne los viernes y los sábados; las malas compañías os hacen renunciar a vuestra religión. ¡Ay! ¡cuántos pecados mortales! ¿Acaso hallaremos alguno de los que en sábado celebran esponsales o bodas, que no coma carne cual los paganos e idólatras? ¡Ay! ¡qué escándalo para los pequeñuelos, y qué fuente de maldición para los que se casan! — Esta es la costumbre. — ¡Ay! amigo mío; por más que haya la costumbre de comer carne en viernes, Nuestro Señor no tomará jamás la costumbre de admitir en el cielo a los que desprecian su ley. La religión se va perdiendo entre nosotros, y ya no hacemos caso de sus leyes. Si Adán, H. M., se perdió por haber comido de la fruta prohibida, también nosotros vamos a perdernos comiendo carne los días en que está prohibida. ¡Oh! ¡triste elección el preferir arder por toda una eternidad en el infierno, antes que privarse de comer carne! — Pero, me dirá alguno, es la compañía. — ¡Ah! ¡la compañía, H. M.! ¡y vosotros también! la compañía no os fuerza hasta tal punto, no os abre la

(1) Véase la nota de la pág. 77.

(2) Rodríguez, t. III, pág. 599. (Nota del autor).

boca hasta metros dentro los manjares. ¡Desgraciados, tiempo vendrá en que os arrepentiréis!... No, no, H. M., que nunca ese maldito respeto humano os haga cometer una acción tan indigna de un cristiano y que tanta ingratitud demuestra para con Dios. Conque, amigo mío, ¿temes al mundo? dirige pues una mirada a esta cruz: mira si tu Dios se avergonzó de morir pobre y desnudo a la vista de una inmensa multitud; anda, desgraciado, eres un ingrato; Dios te está aguardando en su tribunal, donde pagarás caro ese respeto humano. ¿Teméis que se burlen de vosotros? ¡Oh! ciertamente, ¡se ve que os tenéis en mucho, cuando tanto teméis ser objeto de las burlas de los demás! Mirad a vuestro modelo, H. M.; ¿temió El las mofas de que fué objeto en su sagrada pasión? Si las hubiese temido, ¿no nos habría dejado abandonados bajo la esclavitud del demonio? Vete, miserable, vete a comer carne; tiempo tendrás de lamentarlo por toda una eternidad... No, H. M., que jamás el maldito respeto humano os haga faltar tan deplorablemente a vuestro deber (1). Mas pasemos a una segunda reflexión sobre los ayunos de las Cuatro Témporas.

Leemos en la Sagrada Escritura que, al ser los judíos expulsados de Jerusalén a causa de sus infidelidades y llevados a la cautividad de Babilonia, lejos del templo del Señor, reconociendo que sus pecados les habían merecido tales castigos, intentaron aplacar la cólera divina, y, para este fin, ellos mismos se impusieron la obligación de ayunar el cuarto, el quinto, el séptimo y el décimo día de cada mes (2); a ejemplo de ellos

(1) Rodríguez, t. III, pág. 521. (Nota del Santo).

(2) El texto del profeta Zacarías: «*Ieiunium quarti, et ieiunium quinti, et ieiunium septimi, et ieiunium decimi erit domui Juda...*» (Zach., VIII, 19), se refiere, según los intérpretes, al ayuno del cuarto, quinto, séptimo y décimo mes. Los judíos ayunaban el noveno día del cuarto mes, el décimo del quinto, el tercero del séptimo y el décimo

la Iglesia ha instituído los ayunos de las Cuatro Témporas, a fin de inducirnos a expiar los pecados que todos los días estamos cometiendo, así como para atraer sobre nosotros, mediante esta penitencia general, más meritoria que si nosotros mismos nos la impusiéramos, para atraernos, digo, la misericordia y las bendiciones del cielo. Habréis de convenir conmigo en que los tres días de ayuno que practicamos en cada estación, es decir, cada tres meses, son poca cosa a proporción de los pecados que tenemos la desgracia de cometer todos los días. Sin embargo, la Iglesia, madre piadosa y amante de sus hijos, se contenta con tan poca cosa, a condición de que la cumplamos bien y de todo corazón: lo cual debe entenderse no sólo del ayuno, sino también de las demás obras que podemos practicar. Para que nos impongamos mejor de la necesidad de cumplir bien los santos ayunos, nos da la Iglesia este precepto: «En las Cuatro Témporas y Vigilias, ayunarás». Por los ayunos de las Cuatro Témporas quiere ella hacernos presente que, así como no hay tiempo en que no tengamos la desgracia de ofender a Dios, tampoco debe quedar tiempo alguno en que dejemos de hacer penitencia para aplacar la cólera divina mediante el sacrificio de un corazón contrito y humillado. Tal es la primera razón que ha movido a la Iglesia a instituir las Cuatro Témporas.

La segunda razón mira a nuestras necesidades temporales. Sabéis que hay ayunos de Témporas en la primavera, puesto que es en aquel tiempo cuando, por el crecimiento del día solar, comienza a reanimarse la naturaleza y a abrirse la tierra para la producción de sus frutos. Y entonces es cuando la Iglesia nos impul-

del décimo, por diversos motivos, los cuales podrán verse en la Biblia de Carrières y Menochio, sobre este mismo pasaje de Zacarías.

Esta diferencia de interpretación no debilita en manera alguna, como es evidente, el valor del ejemplo propuesto por el Santo.

sa a pedir a Dios que se sirva bendecir la tierra y hacerla fecunda. Durante el verano, estando la cosecha expuesta a mil accidentes desgraciados, la intención de la Iglesia es que acudamos al Señor para que nos la conserve y nos conceda misericordiosamente lo necesario para vivir durante el año. He dicho, H. M., por misericordia; y esto porque, siendo como somos pecadores, no tenemos derecho alguno ni aun a los bienes necesarios para la vida. Según esto, pues, debemos pedir humildemente a Dios los alimentos, el vestido, como una limosna que El puede denegarnos sin injusticia, y, al recibir tales bienes, hemos de hacerlo con gran reconocimiento, como un favor enteramente gratuito que derrama sobre nosotros por pura bondad. Y por esto mismo, en otoño, cuando estamos ocupados en la recolección, y en invierno cuando la hemos ya terminado, quiere la Iglesia que ofrezcamos a Dios nuestros ayunos y limosnas como un sacrificio de acción de gracias por todos los bienes que durante el año nos otorgó.

La tercera razón por la cual la Iglesia ha instituído las Cuatro Témporas, es para pedir a Dios la gracia de usar bien de las riquezas que nos ha dado, sin que perdamos jamás de vista al celestial Dador de las mismas. Mas, desgraciadamente, no es esto lo que hacemos. ¡Ay! H. M., quién no deplorará la ceguera de los cristianos, cuando en el tiempo de la recolección, tiempo en que deberían dar gracias a Dios por los bienes que les envía, parecen redoblar su furor contra El con los pecados que cometen mientras van almacenando los frutos que Dios se ha servido concederles. Debemos, pues, sacar de aquí, H. M., que, si estamos en condiciones de ayunar y no lo hacemos, cometemos pecado mortal; mas, si no podemos ayunar, debemos suplir el ayuno con buenas obras: ya privándonos de algo durante las comidas, ya asistiendo a la santa Misa, ya

rezando algunas oraciones además de las acostumbradas. Y para unirnos a la intención de la Iglesia, hemos de movernos a la contrición de nuestros pecados, lamentar nuestra imposibilidad de hacer penitencia, para que así podamos satisfacer en alguna manera a la divina justicia.

La cuarta razón por la cual la Iglesia ha instituido el ayuno, es para suplicar al Señor que los obispos no ordenen más que a buenos clérigos; ya que por el ministerio sacerdotal es como Dios nos ilumina, nos encamina, nos distribuye sus gracias y nos aplica, mediante los sacramentos, los méritos de la sangre de Cristo. Un buen sacerdote, un párroco según el corazón de Dios, es el mayor tesoro que el Señor puede conceder a una parroquia y uno de los más preciosos dones de la misericordia divina. Por el contrario, un mal sacerdote es uno de los más terribles azotes de la cólera divina; y por esto la Iglesia invita y ordena a cuantos estén en condiciones de ayunar a que lo hagan, a fin de que bajen sobre el obispo las luces necesarias para conocer perfectamente a los que Dios destina a su servicio, y para que derrame sus dones y sus gracias sobre los que van a ser ordenados. Ya veis, pues, H. M., cuán interesados estamos todos en ello, ya que, hasta cierto punto, de ello depende nuestra salvación; en efecto, si estamos dirigidos por un buen sacerdote, podemos recibir toda suerte de bendiciones, ya por sus oraciones en favor nuestro, ya por los buenos consejos que nos ha de dar.

II.— Hemos dicho, además, que hablaríamos de las distintas procesiones que se hacen durante el año, cada una de las cuales tiene su objeto o fin particular. La procesión del Corpus Christi tiene por objeto celebrar el triunfo que Jesucristo ha hecho alcanzar a la Iglesia sobre sus enemigos que niegan la presencia real

en el adorable Sacramento, y, al mismo tiempo, hacer que se rinda el homenaje debido a Jesús en este Sacramento de amor. Es la más augusta de todas las procesiones, ya que va presidida por el mismo Jesucristo en persona. ¡ Oh ! ¡ si fuésemos capaces de comprenderlo ! ¡ cuál debería ser nuestro respeto y amor en aquel momento feliz, toda vez que en él tenemos la misma suerte que aquellos que seguían al Salvador mientras anduvo por la tierra ! La procesión de las Palmas se celebra para honrar la ida y la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén, cinco días antes de su muerte ; la de la Purificación, para representar la visita de la Virgen Santísima al templo llevando a Jesús en sus brazos ; la de la Asunción ha sido instituída para celebrar el triunfo de la Madre de Dios, al subir al cielo, y para renovar la consagración de la nación francesa a esta augusta Reina, que tantas pruebas de su protección nos ha dado (1). En los domingos, antes de la misa parroquial, se celebra una procesión, para honrar a Jesucristo resucitado, dirigiéndose de Jerusalén a Galilea ; pues, como sabéis, todos los domingos son una representación de la Resurrección de Cristo. Hácese esta procesión antes de la santa Misa, para recordar el camino que Jesucristo anduvo al dirigirse al Calvario ; toda vez que el santo sacrificio de la Misa no es otra cosa que una continuación del sacrificio de la cruz. Decidme : si consideraseis atentamente que la procesión que el domingo celebramos antes de la santa Misa (2) es para honrar el camino que Jesucristo anduvo al subir al Calvario, ¿ con qué diligencia no asistiríais a ella, a fin de tener la dicha de seguir en espíritu a Jesucristo, que por nosotros va a inmolarse nuevamente ! ¡ Con qué piedad y reverencia, H. M., asistiríais a dicho acto !

(1) Alusión local del Santo. (Nota del Trad.).

(2) En nuestro país no se celebran estas procesiones.

¿No os figuraríais ver la sangre que el divino Salvador derramó al subir al Calvario? ¡Ay! ¡si presenciamos tanta indiferencia y falta de respeto, es verdaderamente porque la mayor parte ignoran lo que hacen y desconocen los misterios que estas varias ceremonias nos recuerdan! ¡Dichoso el cristiano instruído que penetra en el espíritu de la Santa Iglesia!

Vemos que, en los tiempos de pública calamidad, los prelados ordenan procesiones extraordinarias para aplacar la cólera de Dios, o para alcanzar de su misericordia alguna gracia particular. En estas procesiones se suelen llevar, a veces, reliquias de santos, a fin de que Nuestro Señor, a la vista de tan precioso tesoro, se deje ablandar en favor nuestro. La Iglesia tiene señalados cuatro días, durante el año, para celebrar estas procesiones de penitencia: a saber, el día de San Marcos y los tres días de Rogativas. En tales procesiones es llevada la cruz, y también algunas banderas en las que hay pintada la imagen de la Virgen Santísima y del patrón de la parroquia, lo cual sirve para advertir a los fieles que han de andar siempre en pos de Jesús crucificado, y esforzarse en imitar a los santos que la Iglesia nos ha dado por patronos, protectores y modelos. Las procesiones que celebramos, hemos de considerarlas todas como una especie de marcha triunfal en la que acompañamos a Jesucristo y a los santos y santas. Jesucristo se complace en derramar sus bendiciones sobre todos los lugares donde pasa su imagen o la de sus santos: lo cual pudo observarse de una manera muy especial en Roma, cuando una terrible peste amenazaba con diezmar la ciudad. Viendo el Papa que ni las penitencias ni otras buenas obras podían nada para que cesase tan terrible azote, ordenó una procesión general, en la que se llevó la imagen de la Santísima Virgen pintada por San Lucas. Tan pronto la procesión estuvo en marcha, cesó ya la peste en todos los lugares por

donde pasaba la imagen de la Virgen Santa, y al mismo tiempo oíase a los ángeles cantando : *Regina caeli, laetare, Alleluia*. Con aquella procesión se extinguió enteramente la peste. El camino que hacemos en la procesión, siguiendo la cruz, nos recuerda que nuestra vida no debe ser otra cosa que una imitación de la de Jesucristo, quien se dió a nosotros por modelo y al mismo tiempo por guía ; hasta el punto de que, en cuanto nos separamos de El, necesariamente nos extraviarnos. La cruz y las banderas que vemos a la cabeza de nuestras procesiones, H. M., son para los verdaderos fieles gran motivo de alegría, ya que nos hacen semejantes a un pequeño cuerpo de ejército que resulta formidable ante el demonio y nos da derecho a las gracias del Señor, pues nada hay tan poderoso y eficaz como las oraciones que se hacen en común, bajo la presidencia de los propios pastores (1). Ved, H. M., lo que aconteció a los israelitas bajo el mando de Josué : durante siete días estuvieron dando la vuelta a las murallas de Jericó acompañando el arca y andando con reverencia junto a los sagrados ministros. Los cananeos burlábanse de los israelitas desde lo alto de sus murallas ; mas pronto hubieron de mudar de opinión (2). Al terminar aquella singular procesión, las fortificaciones vinieron abajo al son de las trompetas, y el Señor entregó a su pueblo los enemigos de Israel, que cayeron en sus manos cual si fuesen corderos, sin presentar resistencia alguna. Tal es, H. M., la victoria que Jesucristo nos hace ganar sobre los enemigos de nuestra salvación, cuando asistimos con gran respeto y religiosidad a las procesiones.

III. — En tercer lugar, decimos que las procesiones deben llevarnos a considerar que estamos aquí en

(1) Rodríguez, t. IV, pág. 620. (Nota del Santo).

(2) Ios., VI.

la tierra sólo en calidad de viajeros, que el cielo es nuestra verdadera patria, y que tenemos recibidas de Jesucristo luces y gracias para llegar a ella. El mismo es el camino, ya que El es quien nos ha mostrado todo cuanto debemos practicar para llegar a feliz término. La Iglesia quiere inspirarnos mediante las procesiones el pensamiento de que no debemos aficionarnos a la vida, sino a Jesucristo hasta la muerte, puesto que El es nuestra recompensa por toda una eternidad. Sí, H. M., tal es el fruto de las procesiones, si estamos bien penetrados de lo que hacemos al asistir a ellas. ¡Ay! ¡cuántos desprecios no recibe Jesucristo en las procesiones que celebramos? Unos ignoran por qué van; otros asisten riendo y bromeando; otros hablan como en una plaza pública y miran de un lado a otro. ¡Ay! me atreveré a decirlo, ¡cuántos hay que fijan sus miradas en personas y objetos que animan y encienden sus pasiones, y así, al terminar la procesión, salen mucho más criminales que al entrar y congregarse con los demás fieles! ¡Dios mío, cuántas gracias despreciadas! ¡cuántos pecados se cometen en aquellos momentos tan propicios para obtener gracias en abundancia! ¡cuántas cosas para contentar al demonio!... ¡Ah, si compareciésemos con buenas disposiciones!... Debemos, pues, tener como un deber el asistir a las procesiones en cuanto nos sea posible; si de ningún modo podemos estar presentes, entonces hemos de suplir nuestra falta o ausencia rezando cuantas oraciones rezan los asistentes y esforzándonos en acompañarlos en espíritu con las santas disposiciones que la Iglesia tiene prescritas.

La primera disposición será penetrarnos bien de lo que la Iglesia quiere representar en cada procesión. Nunca hemos de perder de vista, H. M., que, para agradecer a Dios y merecer sus gracias, hemos de adorarle en espíritu y en verdad, y que imitamos a los judíos

cuando nos limitamos a estar materialmente presentes. Así es que un buen cristiano ha de procurar penetrarse del espíritu de la Iglesia y de lo que ésta quiere representar en las ceremonias que celebra. Es preciso que tengamos la firme convicción de que nos hallamos en la presencia de Dios, y de que le seguimos como hacían los primeros cristianos durante su vida mortal; que asistimos a tales procesiones para implorar misericordia, y, por consiguiente, hemos de estar sensiblemente afligidos de haber ofendido a un Dios tan bueno.

La segunda disposición que Dios pide de nosotros al asistir a las procesiones, es la de andar con mucho orden: ya que basta que uno solo se aparte de lo establecido, para causar notable distracción a los demás. El orden consiste en andar con modestia, sin mirar a uno y otro lado, sin hablar, sin reír; pues todo esto resultaría un desprecio hecho a Dios y a las cosas santas.

La tercera disposición es juntar nuestras oraciones a las que la santa Iglesia reza durante la procesión; es decir, que debemos unirnos al sacerdote rezando lo que él reza. Si no sabéis leer, entonces rezad el rosario, uniendo vuestra intención a la del sacerdote y demás fieles. Hemos de poner cuidado en no dejar que el espíritu se extravíe distrayéndose con los diferentes objetos que a nuestra vista se presenten; por lo cual es muy conveniente andar con los ojos bajos, a fin de que el demonio no tenga tanta ocasión de distraernos. Antes de comenzar, será bueno pedir a Dios perdón de nuestros pecados, a fin de que derrame su misericordia sobre nosotros. ¡Ay! ¡cuántos años hace que asistimos a esas procesiones, y a pesar de ello en nada hemos mejorado! ¿Sabéis, H. M., de dónde puede venir tal desgracia? Es porque nunca nos hemos dado cuenta de lo que hacíamos, obrando siempre por hábito o por rutina, mas no por verdadero espíritu de piedad y

amor. Sí, H. M., un buen cristiano debe asistir siempre a las funciones y ejercicios de la religión, con una complacencia siempre creciente, con un desco cada día más ardiente de aprovecharse mejor de ellos. ¡ Cuánta bondad por parte de Dios el sufrirmos en su santa presencia y permitirmos hacer lo que hacen los santos en el cielo ! ¡ Cuánto más feliz sería el hombre en la tierra, si tuviese la dicha de conocer la santa religión !

Pero digamos ahora una palabra de lo que viene a ser la procesión de San Marcos y las de Rogativas. Escuchad bien, ya que ello es interesante. Conviene que sepáis quién las instituyó, cuándo y por qué fueron instituídas.

En el año 442 hubo tan grandes temblores de tierra, y los habitantes de la ciudad de Viena, en el Delfinado, quedaron tan atemorizados, que creían llegado ya el fin del mundo. Lo que acabó de alarmarlos fué el fuego que del cielo cayó incendiando la casa de la ciudad y otros edificios vecinos. Las bestias fieras abandonaban las selvas y se atrevían a atacar a los hombres en medio de las plazas públicas. Amedrentados los habitantes, se refugiaron con su obispo en la iglesia, para librarse de aquellos monstruos. San Mamerto, que era el obispo de la ciudad, ordenó muchas oraciones y penitencias ; además, dispuso que, para pedir a Dios el cese de aquellas calamidades, durante los tres días que preceden a la fiesta de la Ascensión se ayunase y se celebrasen solemnes procesiones a fin de aplacar la cólera de Dios. Las demás iglesias de Francia y algunas de otros países imitaron aquel ejemplo, y al poco tiempo tales procesiones se celebraban en todo el mundo cristiano. Nada más edificante que la manera como aquellas procesiones se celebraban entonces : los fieles asistían a ellas descalzos, ciñendo cilicio y con la cabeza cubierta de ceniza ; durante los tres días observábase el más riguroso ayuno ; estaba prohibido tra-

bajar, para que quedase más tiempo para orar, y todos los instantes se empleaban en pedir a Dios perdón de los pecados cometidos y en rogar por la conservación de los frutos de la tierra y por las necesidades del Estado.

La procesión de San Marcos fué instituída por el papa San Gregorio Magno en el año 590, en ocasión de una horrible calamidad que asolaba a Roma. Después de una impetuosa inundación, las aguas se habían encharcado y, corrompiéndose, infectaron el ambiente, lo cual ocasionó una peste tan cruel que de ella murieron innumerables personas de toda edad y condición. La procesión ordenada por San Gregorio Magno se celebró con tanta devoción, con tanto fervor y tantas lágrimas, que la peste cesó al momento. Y viendo la Iglesia que el pecado se multiplicaba sobre la tierra y que Dios nos castigaba rigurosamente por ello, dispuso que continuaran aquellas devotas procesiones, a fin de inducirnos a la penitencia, a aplacar la justicia de Dios e implorar la conservación de los frutos de la tierra, los cuales durante nueve meses están expuestos a toda suerte de accidentes. Llámense estas procesiones «de Letanías mayores o menores», esto es, de oración y súplica. En un principio las letanías no eran más que clamores insistentes que se exhalaban ante Dios, pidiendo misericordia, mediante estas dos palabras: *Kyrie eleison*. Más tarde se les añadieron los nombres de la Virgen Santísima y de los santos, para implorar su intercesión ante Dios Nuestro Señor. La Iglesia, después de haber invocado el nombre de Dios, reclama la intercesión de los santos, expone los males de que se ve amenazada y los bienes de que está necesitada; conjura a la divina bondad, por todos los misterios de Jesucristo y, sobre todo, por su calidad de Cordero y Víctima inmolada por nuestros pecados, título el más adecuado para aplacar la cólera divina. Sí, H. M., esas

letanías, esas procesiones, la santa Misa y la abstinencia que la Iglesia nos prescribe en estos días, nos muestran claramente cuáles sean sus designios en todo esto (1).

Para conformarnos con su intención, H. M., debemos mirar estos días como días consagrados a la oración, a la penitencia y a toda clase de buenas obras; hacernos una obligación de asistir a las procesiones, y presentarnos allí con un exterior modesto y recogido, con un corazón contrito y profundamente humillado ante la omnipotente mano de Dios, considerando la fealdad de nuestros pecados y los castigos que ellos merecen. Animados de tales sentimientos, hemos de suplicar, con insistencia y en nombre de Jesucristo, que se abran los tesoros de la divina Misericordia para nosotros, para nuestros hermanos, para todas las necesidades de la Iglesia y del Reino, y particularmente para la conservación de los frutos de la tierra. ¡Mas ay! deberes tan necesarios y fundados sobre tan interesantes motivos están casi enteramente olvidados; al paso que a muchos cristianos se los ve continuamente en las *vogues* (2) mundanas. Ahora bien, si la Iglesia nos ordena orar durante aquellos cuatro días, ¿asistiremos a tales funciones con repugnancia, sabiendo que se celebran para aplacar la cólera de Dios y para librarnos de los males que merecen nuestros pecados?

¿Sabéis, H. M., a qué nos invita la Iglesia al llamarnos a las procesiones? Vedlo, H. M. A que dejemos por un momento nuestros trabajos de la tierra y nos ocupemos en la tarea de nuestra salvación. ¿Queréis mayor dicha, queréis mayor gracia que la de vernos

(1) En la vigente ley eclesiástica ha sido suprimida esta obligación de la abstinencia en tiempo de Rogativas (Nota del Trad.).

(2) Las *vogues* son unas fiestas mundanas y bulliciosas, que se celebran durante ciertas épocas del año en la región lionesa, las cuales a veces duran ocho días. Espectáculos al aire libre y danzas públicas constituyen el atractivo y el peligro de tales fiestas.

forzados, en cierta manera, a salvar nuestra alma? ¡Dios mío, qué don tan inefable!... en esas procesiones buscamos el cielo. En tales momentos hacemos lo que los santos hicieron durante toda la vida. Decidme, H. M., ¿qué hizo Jesucristo durante su vida? Nada más sino trabajar para salvarnos. Pues bien, H. M., tal es lo que hacemos nosotros en el día de San Marcos y en los de Rogativas. ¡Cuánta dicha, H. M., trabajar en aquel momento por la salvación de nuestra alma! ¡Ay! H. M., ¡con cuán poco se contenta Dios, si comparamos nuestros pecados y lo que ellos merecen, con lo que hicieron los santos! No se contentaron ellos con algunos días de ayuno, algunos viajes de devoción, o algunos días de abstinencia; ved cuántos años de lágrimas y penitencia por muchos menos pecados que nosotros! Ved a San Hilarión, llorando por espacio de ochenta años en un bosque. Ved a San Arsenio, que pasó buena parte de su vida entre dos peñas. Ved a San Clemente, quien soportó un martirio de treinta y dos años. Mirad aún esa turba de mártires, que dieron su vida por asegurar la salvación de su alma. Hallamos un ejemplo admirable de ello en la persona de Santa Felicitas, madre de siete hijos, que vivió en tiempo del emperador Antonino. Viendo los sacerdotes gentiles la destreza de aquella santa mujer en hacer que la gente abandonase la idolatría, dijeron al emperador: «Creemos deber nuestro, señor, daros cuenta de que hay en Roma una viuda con siete hijos, que, perteneciendo a la impía secta llamada cristiana, hacen sacrílegos votos, los cuales excitarán, seguramente, la implacable cólera de vuestros dioses». Al momento el emperador ordenó al prefecto que hiciese comparecer aquella viuda, y la obligase, con toda suerte de tormentos, a sacrificar a los dioses, y, en caso de negarse, la hiciese morir. El prefecto, después de haberla llamado a su presencia, invitóla amigablemente a que

dejase su impía religión y sacrificase a los dioses del imperio; de lo contrario, el emperador había ordenado darle muerte. Mas Santa Felcitas le contestó con cristiana energía: «No esperéis, oh Publio, ganarme ni con vuestras súplicas, ni con vuestras amenazas. Podéis escoger entre dejarme vivir, o darme muerte; mas estad cierto de que seréis vencido por una mujer». Díjole el prefecto: «Si quieres morir, muere en buena hora, mas no seas la causa de la muerte de tus hijos». «Mis hijos perecerían, si llegasen a sacrificar a los demonios que son tus dioses; mas si mueren por el verdadero Dios, vivirán eternamente.» A lo cual dijo el prefecto: «A lo menos ten piedad de tus hijos que están en la flor de la edad». «Guarda para otros tu compasión, nosotros no la aceptamos.» Y al momento volviéndose hacia sus hijos, que estaban presentes, dijo: «Mirad, hijos míos, ese cielo tan alto y hermoso; allí es donde Jesucristo os espera para recompensaros; luchad generosamente, hijos míos, por el gran Rey de cielos y tierra». Entonces la golpearon fieramente en el rostro. El prefecto hizo venir a su presencia al primero de sus hijos, llamado Jenaro; no pudiendo conquistarle, mandó que fuese cruelmente azotado y llevado después a la cárcel. A continuación se presentó Félix, quien contestó al prefecto: «No, prefecto, no me harás renunciar a mi Dios para sacrificar al demonio; puedes someternos a los tormentos que se te antojen, no los tememos». Después de haberlos Publio hecho comparecer a todos sin obtener resultado alguno, el último le dijo: «¡Ah! prefecto, ¡si supieses las llamas que tienes preparadas para abrasarte en ellas por toda la eternidad! ¡Ah! ¡si supieses cuán pronta está para castigar la justicia de Dios! Aprovechate del tiempo que nuestro Dios te concede aún para arrepentirte». Nada pudo hacerlos retroceder, y el prefecto los hizo perecer a todos; mas, durante la ejecución, la madre los estaba animando a sufrir gene-

rosamente por Jesucristo : «Valor, hijos míos ; mirad al cielo, donde Jesucristo os espera para galardonaros».

Pues bien, aquí veis lo que hicieron los santos, que, como nosotros, no tenían más que un alma para salvar y un Dios a quien servir. Sí, H. M., no se contentaron con algunas oraciones cual las que hacemos nosotros en determinados días en que la Iglesia nos llama a orar ; sino que llegaron a dar valerosamente su vida por salvar el alma. Concluyamos, pues, H. M., diciendo que debe ser para nosotros un gran placer, un motivo de júbilo, el asistir a todas esas devotas procesiones que se celebran durante el año, a las que hemos de venir con un deseo sincero de implorar misericordia. Procuremos evitar que el respeto humano o una leve incomodidad nos hagan jamás faltar a la ley de la abstinencia o del ayuno. Dichosos nosotros, H. M., si cumplimos estas pequeñas prácticas de piedad, ya que con ellas dejaremos muy contento y satisfecho al Señor...

PARA EL DÍA DE LA ASCENSIÓN

*Gaudete et exultate, quoniam
merces vestra copiosa est in caelis.*

Regocijaos y dad lugar a la alegría, ya que una gran recompensa os está prometida en el cielo.

(S. Mat., V, 12.)

Tales fueron, H. M., las confortadoras palabras que Jesucristo dirigió a sus Apóstoles para consolarlos y animarlos a sufrir con valor las cruces y las persecuciones que los esperaban. «Sí, hijos míos, les dijo aquel Padre amoroso, seréis el objeto del odio y del desprecio de los malos, seréis las víctimas de su furor; los hombres os odiarán, os conducirán ante los príncipes de la tierra, para juzgaros y condenaros a los más horribles tormentos y a la muerte más cruel y vergonzosa; pero, lejos de atemorizaros, regocijaos, puesto que en el cielo os está reservada una gran recompensa». ¡Oh, hermoso cielo! ¡quién no te amará, cuando tantos bienes se encierran en tu seno! ¿No era, por ventura, H. M., la consideración de esa recompensa lo que hacía a los Apóstoles infatigables en sus trabajos, invencibles contra las persecuciones que hubieron de arrostrar de parte de sus enemigos? ¿No era el pensamiento de ese hermoso cielo lo que hacía comparecer a los mártires ante sus jueces con un valor que asombraba a los mismos tiranos? ¿No era la visión de tan excelso objeto lo que extinguía el ardor de las llamas destinadas a devorarlos y embotaba el filo de las espadas que debían herirlos? ¡Oh! ¡cuál sería su dicha, al sacrificar sus bienes y su vida por Dios, con la esperanza de que iban a pasar a una vida mejor,

la cual no había de tener fin ! ¡ Oh, dichosos habitantes de la ciudad celeste, cuántas lágrimas habéis derramado y cuántos sufrimientos habéis experimentado para llegar a la posesión de vuestro Dios ! ¡ Oh ! nos dicen desde lo alto de aquel trono de gloria en que están sentados, ¡ oh ! ¡ cuán abundantemente nos recompensa Dios lo poco bueno que hicimos ! Sí, nosotros le veremos a este Padre tierno ; sí, nosotros le bendeciremos a este amable Salvador ; sí, nosotros le cantaremos himnos de gracias a este caritativo Redentor, durante una serie de años sin fin. ¡ Oh dichosa eternidad ! exclaman, ¡ cuántas alegrías y dulzuras nos harás experimentar !

Hermoso cielo, ¿ cuándo te veremos ? Oh dichoso momento, ¿ cuándo vas a llegar ? (1) No dudo, H. M., que todos deseáis y suspiráis por llegar a una tan grande dicha ; mas, para hacer que la deseéis aún con mayor ardor, voy a ponerlos de manifiesto, en cuanto me será posible hacerlo, la felicidad que embriaga a los santos ; y después, el camino que hay que seguir para llegar a ella.

I. — Si tuviese, H. M., que pintaros el tristísimo cuadro de las penas que experimentan los réprobos en el infierno, comenzaría por demostraros la certeza de tales penas ; después pondría ante vuestros ojos, temblando, o mejor dicho, con una especie de desesperación, la magnitud y la duración de los males que sufren y sufrirán eternamente. Después de escuchar tan triste narración, os sentiríais sobrecogidos de terror, y, para hacéroslo penetrar mejor, os señalaría las causas que pueden tan vivamente devorar aquellas almas con el horror y desesperación más espantosos. Son cuatro esas causas, os diría, a saber : la privación de la vista de Dios, el dolor que

(1) Es cierto que fuimos creados para ser felices : desde el más pobre al más rico, todos van en busca de algo que les satisfaga y llene sus deseos. (Nota del Santo).

las atormenta, la certeza de que aquello no ha de tener fin, y la consideración de los medios que estuvieron en su mano para tan fácilmente librarse de aquellos males : los cuales pensamientos serán otros tantos verdugos que las atormentarán durante toda la eternidad. En efecto, aunque durante mil eternidades, si mil eternidades fuesen posibles, un condenado deje oír los gritos más desgarradores y dignos de compasión pidiendo la dicha de ver a Dios un solo minuto, es cierto que jamás ello le será concedido. Además, habéis de saber que en cada instante sufre más él solo que no sufrieron todos los mártires juntos, o por mejor decir, en cada minuto experimenta todos los sufrimientos que le atormentarán por toda la eternidad. La tercera fuente de suplicio es saber que, a pesar del rigor de tales penas, ellas jamás se acabarán. Pero lo que completará la desesperación y sufrimiento de aquellos infelices, será ver los medios facilísimos que tenían a mano, no sólo para evitar tantos horrores, sino para ser dichosos por toda una eternidad ; continuamente verán las gracias que Dios les ofreciera para salvarse, trocadas entonces en otros tantos verdugos devoradores. Desde el fondo de los abismos, verán a los bienaventurados triunfantes en tronos de gloria, llenos de un amor tan tierno y ardiente que los tendrá como sumidos en continua embriaguez ; mas ellos, al pensar en las gracias que les diera Dios y ellos despreciaron, clamarán con tan espantosos alaridos de rabia y desesperación que, si Dios permitiera que fuesen oídos, el universo entero perdería su ser y se sumiría en el caos y en la nada. Después comenzarán a vomitar unos contra otros las más horribles blasfemias. El hijo dirá a gritos que se perdió porque sus padres lo quisieron ; invocará la cólera de Dios, y con los más horribles clamores pedirá le sea permitido convertirse en verdugo de su padre. La hija arrancará los ojos a su madre, la cual, en vez de guiarla al cielo, la empujó, la arrastró al infierno

con sus malos ejemplos y con palabras que sólo respiraban mundanidad y libertinaje. Tales hijos vomitarán horribles blasfemias contra Dios por no darles suficiente poder y furor para hacer sufrir a sus padres ; se precipitarán a los abismos cual desesperados, para arrancar y empujar a los demonios y arrojarlos sobre sus padres y sus madres ; para dar a entender con todo esto que, por haber causado su perdición, cuando tan fácilmente podían salvarlos, nunca serán bastante atormentados. ¡ Oh eternidad desdichada ! Oh desgraciados padres y madres, ¡ cuán horribles son los tormentos que os están reservados ! ; Dejad pasar unos momentos y lo experimentaréis ; dejad pasar unos momentos y os abrasaréis en las terribles llamas !...

Mas no, H. M., no vayamos más lejos ; no es éste el momento de detenernos a considerar un objeto tan triste y desgraciado ; no turbemos la alegría que hemos experimentado al ver acercarse un día consagrado a publicar la felicidad de que gozan los escogidos en la ciudad celestial y permanente. Os he dicho, H. M., que cuatro cosas agobiarán y llenarán de penas a los réprobos al revolcarse en las llamas ; asimismo os diré que, por lo que se refiere a los bienaventurados, cuatro cosas se juntarán para no dejarles nada que desear. Y son : 1.^a la vista y presencia del Hijo de Dios, que se manifestará en todo el esplendor de su gloria, de su hermosura y de todas sus gracias ; es decir, tal cual es en el seno de su Padre ; 2.^a el torrente de dulzura y de castos placeres de que gozarán, semejante al desbordamiento de un mar agitado por los furores de una horrible tempestad, que transporta sobre sus olas a los que recibe en su seno, sumiéndolos en una embriaguez tan arrojadora que llega a hacer olvidar la propia existencia. La tercera causa de felicidad en medio de tantas delicias, será la seguridad de que éstas no tendrán fin ; y, finalmente, lo que acabará de anegarlos en el torrente

de amor, será ver que tantos bienes les son concedidos para premiarles sus virtudes y las penitencias practicadas en este mundo. Aquellas santas almas verán, entonces, que a sus buenas obras deben esos castos abrazos con que su Esposo las favorece.

Ante todo digo que el primer transporte de amor que embargará su corazón, será la vista de las bellezas que descubrirá su proximidad a la presencia de Dios. En este mundo, por hermoso y sugestivo que sea el objeto que nos llama la atención, al poco tiempo de gozar contemplándolo, nuestro espíritu se cansa, y se vuelve a otro lado, si allí encuentra algo que le satisfaga; pasa constantemente de una cosa a otra, sin hallar nada que le complazca enteramente; mas en el cielo no ocurre esto así; allí, por el contrario, es preciso que Dios nos haga partícipes de sus fuerzas, para poder soportar todo el esplendor de su hermosura y de las cosas dulces y maravillosas que constantemente se ofrecerán a nuestros ojos; lo cual sume a las almas de los escogidos en un tal abismo de suavidad y de amor, que les impide distinguir si realmente viven, o si se han transformado en el mismo amor. ¡ Oh morada feliz ! ¡ oh dicha perdurable ! ¿ quién podrá un día disfrutar de tus encantos ?

En segundo lugar, digo que, por grandes y maravillosas que sean tales dulzuras, oiremos continuamente el canto de los ángeles anunciándonos que ellas durarán para siempre jamás. Dejo a vuestra consideración el gusto con que escucharán esto los bienaventurados.

En tercer lugar, hemos de tener presente que, en este mundo, si a veces experimentamos algún placer, no tardamos tampoco en sentir alguna pena que amargue su dulzura, ya por el temor de perderlo, ya por los cuidados que exige el conservarlo : y esto hace que jamás quedemos plenamente satisfechos. Mas en el cielo esto no acontece : allí estamos sumergidos en toda

alegría y delicia, con la seguridad de que nada podrá jamás arrebatárnosla ni disminuirla.

En cuarto lugar, digo que la última flecha de amor con que será atravesado nuestro corazón, es el cuadro que Dios presentará ante nuestros ojos, formado por la visión consoladora de todas las lágrimas por nosotros derramadas, de todas las penitencias practicadas durante nuestra vida, sin que falte allí ni el más insignificante buen pensamiento ni el más leve deseo. ¡ Oh ! ¡ qué alegría para un buen cristiano al ver ensalzado el desprecio de sí mismo, las asperezas inferidas a su cuerpo, y el placer que experimentaba al verse menospreciado ! Verá entonces su fidelidad en rechazar todo mal pensamiento con que el demonio intentaba manchar su imaginación ; recordará los momentos dedicados a prepararse para la confesión, y su diligencia en acudir a participar de la Sagrada Mesa ; tendrá delante de sus ojos cuantos actos de desprendimiento haya ejecutado, despojándose de lo suyo propio para cubrir al indigente que sufría. « ¡ Oh, Dios mío, exclamará a cada momento, cuántos bienes por cosas tan insignificantes ! » Mas Dios, para inflamar más y más a los escogidos en su amor y excitarlos al recogimiento, pondrá en medio de su corte la cruz ensangrentada, y les describirá todos los sufrimientos que El experimentó para conquistarles la felicidad, obedeciendo sólo a los impulsos de su amor. Ya podéis imaginaros cuáles habrán de ser sus transportes de amor y de agradecimiento ; ¡ qué castos abrazos van a prodigarle por toda la eternidad, recordando que aquella cruz es el instrumento de que Dios se sirvió para procurarles tantos bienes !

Los Santos Padres, al describirnos las penas que los réprobos experimentan, nos dicen que cada sentido estará atormentado según los crímenes que cometieron y los placeres de que gustaron : el que tuvo

la desgracia de entregarse al vicio de la impureza, estará cubierto de serpientes y dragones que le devorarán por toda la eternidad; sus ojos que se complacieron en deshonestas miradas, sus oídos que escucharon con gusto cantos y conversaciones impúdicas, su boca que vomitó toda clase de inmundicia, serán otros tantos canales de donde saldrán torbellinos de devoradoras llamas; sus ojos no verán otra cosa que los más horribles objetos. El avaro sentirá tanta hambre que se devorará a sí mismo, el orgulloso será pisoteado por los demás condenados, el vengativo será arrastrado a las llamas por los demonios. No, H. M., no habrá parte de nuestro cuerpo que no sufra a proporción de los crímenes que cometió. ¡Oh, horror! ¡Oh, desgracia espantosa!...

Pues yo digo que lo mismo acontecerá respecto a la felicidad de los bienaventurados en el cielo: su dicha, sus goces y su alegría estarán a proporción de lo que hicieron sufrir al cuerpo durante su vida. Si tuvimos horror a los cantos y conversaciones infames, en el cielo no oiremos más que tiernos y maravillosos cánticos, con que los ángeles harán resonar la celestial bóveda; si fuimos castos en nuestras miradas, nuestros ojos no se ocuparán más que en contemplar cosas cuya belleza los tendrá en un éxtasis continuo, del cual jamás se cansarán: es decir, iremos siempre descubriendo nuevas bellezas semejantes a una fuente de amor que mana sin cesar. Nuestro corazón, que en su destierro había gemido y llorado, estará embriagado en una dulzura tal, que no será dueño de sí mismo. El Espíritu Santo nos dice que los castos se asemejarán a una persona recostada en un lecho de rosas, cuyos perfumes la mantienen en éxtasis continuo. En una palabra, los santos, durante toda una eternidad, no harán sino gozarse en medio de castos y puros placeres.

Pero, pensará alguien para sí, en el cielo todos seremos igualmente felices.—Sí, amigo mío, mas habrá entre los bienaventurados alguna diferencia. Si los condenados son desgraciados y padecen según los crímenes que han cometido, también es cosa indudable que, cuanto más penitencia hayan hecho los santos, más brillante será su gloria; ved cómo se realizará esto. Es necesario, o mejor, conviene que Dios nos dé fuerzas proporcionadas al estado de gloria con que quiere agraciarnos, de suerte que El nos dará fuerzas a proporción de las suavidades y dulzuras que quiere hacernos gustar. A los que practicaron grandes penitencias sin haber cometido pecados, les dará fuerzas suficientes para soportar las gracias que durante la eternidad les va a comunicar. Y es innegable que todos estaremos muy contentos y felices, ya que hallaremos cuantas delicias nos convengan para que nada más podamos desear. «¡ Oh, Dios mío ! ¡ Dios mío !, exclamaba San Francisco de Sales, durante una tentación que sufría, vuestros juicios son espantosos; mas si fuese tan desdichado que no pudiese amaros en la eternidad, ¡ ah ! concededme, a lo menos, la gracia de amaros en este mundo cuanto me sea posible.» ¡ Ah ! ¡ si a lo menos, pobres pecadores que no queréis retornar a vuestro Dios, si a lo menos abundaseis en los mismos deseos de este gran Santo, y amaseis a Dios cuanto os fuese posible en esta vida ! ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuántos, entre los cristianos que me escuchan, no os verán jamás ! ¡ Oh, hermoso cielo ! ¡ Oh, deliciosa morada ! ¿ cuándo te veremos ? ¡ Oh, Dios mío ! ¿ hasta cuándo nos dejaréis penar en esta tierra extranjera, en este destierro ?... ¡ Ah ! ¡ si veis a aquel a quien ama mi corazón ! ¡ ah ! ¡ decidle que estoy penando de amor, que no puedo vivir, que me muero sin remedio !... ¡ Oh ! ¡ quién me dará alas como a la paloma para abandonar este destierro y volar al seno de mi Amado !... ¡ Oh, ciu-

dad dichosa, de la cual están desterradas todas las penas, y donde el bienaventurado se mece en un delicioso torrente de amor eterno!...

II. — Pues bien, amigo mío, ¿te disgustaría pertenecer al número de esos escogidos, mientras los condenados se abrasarán, y dejarán oír horribles gritos sin la menor esperanza de que tenga fin su tormento? — ¡Oh!, me dirás, no solamente no me disgustaría, sino que ya quisiera estar allí.—Ya contaba yo con esa respuesta; pero no hay bastante con desearlo, se debe trabajar por merecerlo.—Pues ¿qué se debe hacer?—¿No lo sabes, amigo? helo aquí: escúchame y vas a saberlo. Conviene que no te aficiones tanto a los bienes de este mundo, es necesario que tengas un poco más de caridad para con tu mujer y tus hijos, tus criados y tus vecinos; que tengas un corazón más tierno para con los desgraciados; en vez de atesorar dinero y preocuparte de la compra de tierras, sería mejor que pensases en comprarte un lugar allá en el cielo; en vez de trabajar en domingo, fuera mejor santificarlo acudiendo a la casa de Dios para llorar allí tus pecados, pedir perdón de los mismos, e implorar la gracia de jamás recaer en ellos; lejos de no conceder a tus hijos y a tus sirvientes el tiempo necesario para que cumplan sus deberes religiosos, debieras ser el primero en inducirlos a ello con tus palabras y ejemplos; en lugar de enfurecerte cuando te sobreviene la menor contradicción, deberías considerar que por tus pecados mereces muchísimo más, y que Dios se porta contigo de la manera más conveniente para asegurarte un día la felicidad. He aquí, amigo mío, lo que deberías hacer, y no haces, para ir al cielo.

No, es verdad, me dirás. — Mas ¿qué va a ser de ti, hermano mío, siguiendo como sigues el camino que conduce a un lugar donde tan horribles males se padecen? Anda con cuidado; si no abandonas esa senda,

pronto vas a caer en el abismo ; haz a este respecto tus reflexiones, y pronto me dirás lo que ellas te inspiran, y yo te explicaré lo que conviene hacer. ¿No envidias, por ventura, amigo mío, la suerte de esos felices moradores de la corte celestial?—¡ Ah ! ya quisiera estar allí ; al menos quedaría libre de las miserias de este mundo. —También lo quisiera yo ; mas hay otras cosas que hacer y en que pensar.—Decidme lo que debo hacer, y lo haré. —Veo que piensas bien : escúchame, pues, un momento y lo vas a saber. Haz, empero, el favor de no dormirte. Es necesario, hermana mía, ser más sumisa a tu marido, evitando que por una pequeñez se te suba la sangre a la cabeza ; y así, cuando le veas venir tomado del vino o cuando haya hecho un mal negocio, has de procurar no desencadenar tu ira contra él hasta enfurecerlo y dejarlo fuera de sí. De aquí vienen las blasfemias y maldiciones sin cuento contra ti, las cuales escandalizan a tus hijos y criados ; lejos de ir de casa en casa contando lo que dice o lo que hace tu marido, deberías emplear el tiempo orando para que el Señor te concediese paciencia y la sumisión que a tu marido debes, así como la gracia de que Dios sea servido tocarle el corazón para que se enmiende. Aun sé más cosas de las que hay necesidad de practicar para ir al cielo : escúchame, madre cristiana, pues no vas a tener por inútiles mis consejos. Tendrías que dedicar mayor espacio de tiempo a la educación de tus hijos y servidores, enseñándoles lo que deben practicar para ir al cielo ; deberías también ser menos diligente en comprarles vestidos con adornos demasiado superfluos, pues así te quedaría algo para dar limosna y atraer con ella la bendición de Dios, o bien no te verías obligada a contraer deudas ; habría que dejar a un lado tantas vanidades, y qué sé yo cuántas cosas más. Sería necesario que en tu comportamiento brillase siempre el buen ejemplo, una gran constancia y puntualidad en las oraciones de la mañana

y de la noche, una preparación diligente para acercarte a la Sagrada Mesa, la frecuencia de sacramentos; convendría mostrar mayor desasimio de las cosas terrenas, usar siempre un lenguaje que revelase tu desprecio por las cosas de este mundo, y la estima en que tienes las de la otra vida. Tales deberían ser tus preocupaciones y cuidados; si te portas de otra manera, estás perdida; reflexiónalo bien hoy, puede que mañana no te quede tiempo; examina todo esto con detención y juzga por ti misma; llora tus culpas, y procura obrar mejor, de lo contrario nunca llegarás al cielo.

¿No te causan una santa envidia, hermana mía, esas maravillosas bellezas en que los santos se embriagan? — ¡Ah!, me contestarás, una dicha bastante menor me la causaría. — Tienes razón; creo que me acontecería lo mismo a mí; mas lo que me preocupa es pensar que nada he hecho para merecer tanto bien; ¿tal vez te halles tú en el mismo estado? — Sea lo que fuere, pensad que estoy pronta a hacerlo, en cuanto de ello tenga conocimiento; ¿qué no deberemos emprender para alcanzar tantos bienes? Si fuese necesario abandonarlo todo y sacrificarlo todo, hasta dejar el mundo para ir a pasar el resto de la vida en un monasterio, con mucho gusto lo haría. — Muy bien hablado: tales pensamientos son verdaderamente dignos de una buena cristiana; no creía llegase a tanto tu valor; mas debo decirte que Dios no te pide tanto. — Pues bien, pensarás, decídmelo lo que hay que hacer y lo haré muy gustosa. — Voy, pues, a decírtelo, suplicándote que reflexiones mucho sobre ello. Debes no cumplimentar tanto a tu cuerpo, antes bien procurarle alguna mortificación; no preocuparte tanto de que tu hermosura pueda perderse o disminuir; no gastar, los domingos por la mañana, tanto tiempo en componerte, contemplándote en el espejo, a fin de que te quede mayor espacio para dedicarlo a tu Dios. Has de ser más obe-